



## El Desafío de la Protección de Niños

Solo tomó un instante, me dijo él treinta años después. En su año decimosexto el mundo de Bob se volteó al revés.

Creciendo en un hogar Católico donde el párroco era un visitante familiar en la mesa de la familia, él absorbía la admiración de sus padres por el carismático párroco, cuyas habilidades de recaudación de fondos y destreza de organización mantenían a su enorme parroquia de California ocupada con actividades. Bob y sus amigos se encontraban a menudo en los terrenos de la parroquia trabajando en algún proyecto que el Padre les había pedido hacer. Era a principio de los años sesenta.

Una tarde, parado en la cocina de la rectoría con el párroco, Bob se asombró al ver que el sacerdote le hacía un gesto sexualmente sugestivo. Al instante siguiente entró otro sacerdote, y nada más vino del alarmante avance del párroco.

Pero Bob se fue de la rectoría cambiado para siempre. El había visto con sus propios ojos que esta figura importante en su vida no era el hombre que todos pensaban que era. Debajo del exuberante y exitoso exterior se ocultaba interiormente un hombre oscuro y amenazador, a quien Bob nunca quería acercarse de nuevo.

El ser solicitado a pecar por un sacerdote sacudió la fe de Bob hasta el fondo, pero no tenía a quien recurrir para pedir ayuda. A principios de los años sesenta, la conciencia pública del abuso sexual de menores era todavía treinta años en el futuro, y para los jóvenes que se tambaleaban confundidos por una sorpresa tan repentina y aterradora, no había ninguna guía disponible.

Aunque Bob no había hecho nada malo, él se sentía solo y avergonzado y no quería que nadie supiera el porqué. Entonces se dio cuenta que su párroco había hecho avances similares a algunos de sus amigos. Pero aparte de ellos ¿Quién más podía creer lo que él había visto? No tenía testigos ni evidencias para respaldar su historia. Si se la decía a alguien, sería su palabra contra la del Padre; y el Padre podía desmentir la historia de Bob diciendo que él nada más interpretó una mirada inofensiva de un sacerdote como algo que no era. Sabiendo la reverencia que sus padres sentían por su párroco, Bob tenía que pensar que ellos probablemente preferirían la explicación alternativa del sacerdote a la suya, si alguna día su hijo pudiera traer la oscuridad a la luz. Así también habrían reaccionado un maestro, un sacerdote, o un reportero de periódico, al escuchar el testimonio que solamente sus amigos podían corroborar. Y todos ellos estaban atados por las mismas estructuras de secretismo que él.

Así que durante décadas Bob y sus amigos, y miles como ellos, enterraron la tragedia del abuso sexual por parte de sacerdotes, sin poder salir de su abrazo ensordecedor.

Entonces, con el amanecer de un nuevo siglo, la cobertura explosiva de la prensa estalló la presa del secreto y abrió las celdas de la prisión del silencio. Por primera vez las víctimas tenían la posibilidad de dar voz a la traición de parte de aquellos sacerdotes en quienes habían confiado. Por fin Bob y sus amigos podían comenzar a sanar los recuerdos cicatrizados que habían mal configurado sus vidas.

En los últimos veinte años hemos aprendido que la probabilidad de la divulgación pública es el medio de disuasión más eficaz contra el abuso sexual de niños y jóvenes. Es por eso que en todo el país, desde el nivel parroquial hacia arriba, la Iglesia ha buscado crear un ambiente que es poco acogedor a los abusadores porque es acogedor a la revelación de los oscuros secretos que Bob y sus amigos tenían que llevar solos.

Con cada año que pasa, reportes del abuso de niños en la Iglesia han disminuido. Podemos preservar este gran logro de la conciencia protectora sólo si mantenemos la vigilancia que lo trajo a la luz.